

**A PIE
DE CALLE**CATALINA
Gayà

Ver la ciudad sin barceloneses

El miércoles era un día tan gris y aguado que turistas y barceloneses buscaban cobijo. Al abrigo, se encontraban, hasta se rozaban. Si era en algún porche, los de Xifré por ejemplo, algunos se miraban de reojo. Algún turista aprovechaba para preguntar una dirección. Si era en la Boquería, parada tópica de la ciudad postal, el barcelonés pasaba junto al turista con un malhumor evidente y el turista hacía como que no veía.

El miércoles, las calles estaban vacías de gente, de ruido y de protestas como pocas veces lo está en la rutina del calendario de la crisis. Hasta las gaviotas, al inicio de la época de apareamiento, habían callado y vigilaban la ciudad sin gente desde las azoteas de los edificios.

En la plaza del Macba, dos intrépidos seguían tomando fotos al museo. Gorro puesto, ella. Impermeables y botas, los dos. Eran dos profesores de arquitectura de una universidad de Estados Unidos absolutamente absortos con el museo de **Richard Meier**. Explicaban que habían traído a un grupo de estudiantes de arquitectura para estudiar Barcelona. ¿Y han hablado con los vecinos? La respuesta era *no*. La profesora reconocía que ese *no* era el objetivo del viaje. La suya era una visita profesional, académica, a una ciudad que ya hace años que se analiza en todas las universidades del mundo.

Unas horas más tarde, una chica francesa contemplaba la catedral mojada. Era otra postal. Anochecía y, por fin, había escampado. La mujer llegó a Barcelona el viernes y, durante esos días, se había relacionado con turistas –«otros visitantes», decía ella–, pero con ningún barce-

lonés. Tampoco los había buscado. «No lo había pensado». La suya era visita de fin de semana largo.

Durante el congreso de móviles, pregunté a varios congresistas si habían tratado con los barceloneses. La respuesta también había sido negativa. Vinieron en masa por negocios, consumieron y se fueron. El trato con los locales fue con camareros, con taxistas y con algún ladrón. Uno de ellos, de hecho, explicó que seguía las noticias de su país, en ese caso Alemania, desde el móvil, por supuesto, y que solo sabía de Barcelona que «hay crisis». Aunque, decía, él no lo había percibido así. De Barcelona, recitaba la postal: Gaudí, la Pedrera, la Sagrada Família, el Hotel Arts.

Manuel Ulloa es mexicano. Vive en París con su familia y, en Navidad, vino de visita a Barcelona con

su mujer y su hija. La visita era familiar. En París, da vida a una editorial que traduce dramaturgos mexicanos al francés. Se hospedó en casa de un amigo, en el centro de la ciudad, y se relacionó con la Barcelona transnacional que habla castellano o inglés o francés; nunca alternó con un barcelonés.

Barcelona, para la mayoría de los turistas o visitantes, es la ciudad de las guías, la de las postales. Es monumento, calle, tendencia, moda e iglesia. Me explicaba un fotógrafo viajero que pudo entender algo del Kurdistán gracias a la familiaridad de su gente. En Barcelona, los turistas no preguntan. Si lo hicieran –y si el barcelonés quisiera responder– la ciudad dejaría de ser una postal. ≡

cgayá@elperiodico.com